✠

NOVENA

EN HONOR DEL STMO. CRISTO

DE LA MISERICORDIA

QUE SE VENERA

ATADO A UNA COLUMNA

en la Iglesia de la Casa Hospital

de la Santa Misericordia

DE LA VILLA DEL ARAHAL

Compuosta por un Presbítero, natural de dicha Villa

SEVILLA.—1902

Establ. Tip. de EL CORREO DE ANDALUCÍA

Calle San Isidoro, número 30

A SUS MUY AMADOS COMPATRICIOS

UN PRESBÍTERO

de la Villa del Arahal

Grandes é inmensos son los beneficios que nos ha dispensado la bondad de Dios Nuestro Señor, en los cuales resplandecen sus divinos atributos; pero entre todos ellos brilla y campea su Misericordia: porque á la verdad, nada costó á su Omnipotencia criar al hombre, y á toda esta pasmosa y admirable máquina del universo: con solo un *fiat,* con un solo acto de su voluntad sacó de la nada todo cuanto tiene ser; mas la obra de nuestra re-

dención, ¡qué costosa! ¡qué amarga fué al Hijo del Eterno Padre, Jesucristo nuestro divino Salvador, todo el tiempo de su preciosa vida, y muy principalmente en su dolorosísima pasión y muerte, derramando su Sangre divina hasta dar la vida por nosotros en un afrentoso madero! De aquí es, que no hay motivo más poderoso, que pueda y deba excitar nuestro agradecimiento, y que nos conmueva con más eficacia á llorar nuestra ingratitud, que sus dolorosos padecimientos. Y aunque es indudable, que sufrir la muerte por nosotros, es el mayor exceso de su Misericordia, debe llamar muy mucho nuestra atención el cruelísimo tormento de los azotes, que sufrió Jesucristo vida nuestra amarrado á una columna, tormento muy bastante y harto excesivo para haber muerto allí mismo, si su virtud divina no hubiese sostenido su humanidad sacratísima, por la bárbara crueldad de los verdugos, y por los arroyos de

sangre que corrieron de las innumerables heridas, con que desgarraron todo su cuerpo santísimo.

Este tormento atroz se expone á vuestra consideración con la mayor viveza en esa devotísima efigie de nuestro divino Salvador atado á esa columna con el título consolador de la Misericordia, que como precioso tesoro posee nuestra villa, y de quien tan señalados favores hemos recibido, y aun esperamos recibir mayores. Por esta causa he procurado, en cuanto mis débiles esfuerzos lo han permitido, ordenar esta Novena con nueve consideraciones, ciñéndome al tormento dolorosísimo de los azotes, para que, contemplando el acerbo dolor y la suma ignominia que sufrió nuestro divino Redentor, se excite vivamente la compunción y el dolor de nuestras culpas, causa de tantos tormentos, y un ferviente amor á nuestro Salvador divino, que por puro amor á nosotros tanto quiso padecer.

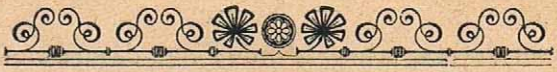
Quiera nuestro amantísimo Padre de las Misericordias, que se avive nuestra fe y devoción, y que la legueis á vuestros hijos, como la más rica y preciosa herencia, para gloria de Dios nuestro Señor, dicha y felicidad de nuestra amada pátria.

Esto desea, esto pide y pedirá sin cesar mientras viva al Sumo y Eterno Sacerdote Cristo Jesús.

Vuestro afectísimo paisano,

Capellán,

Fr. Francisco de Paula Lobo.



ADVERTENCIAS

para hacer con fruto esta santa Novena

La 1.ª diligencia, que se debe practicar, es purificarse con los santos sacramentos de la Penitencia y sagrada Comunión, por cuanto sin los auxilios de la divina gracia nada podemos ni valemos delante de Dios. Y si no fuese posible en el primer día, hágase en uno de los nueve.

2.ª Oígase la santa Misa con la mayor devoción y recogimiento.

3.ª Si recordamos tener algún disgusto ó enemistad con alguna persona, pongamos cuanto esté de nuestra parte para reconciliarnos con ella en el discurso de esta Novena, antes de acercarnos á la sagrada mesa, perdonando toda injuria, y pidiendo á Dios

por nuestro mismo ofensor; pues de otro modo ¿cómo hemos de alcanzar el perdón y la misericordia? ¿Y quién se negará á perdonar, cuando considera que un Dios hombre, Rey Eterno de la gloria, pide á su Eterno Padre por los viles verdugos, que desgarran sus carnes con cruelísimos azotes? El mundo hierve en ódios y enemistades: por esta causa se inutilizan tantas súplicas, por esto se pierden tantas almas.

4.ª Dar alguna limosna según sus facultades; porque las santas Escrituras en el libro de Tobías nos aseguran, que la limosna libra de la muerte, purifica los pecados, y hace que consigamos la misericordia.

5.ª Refrenar los ímpetus de nuestro genio que tanto daño nos causan, y que nos privan de conseguir muchos bienes.

6.ª Tener recato en los sentidos, que son las puertas por donde el pecado entra en nuestras almas, evitando ver, oir y hablar todo aquello, que nos inclina á la culpa, y que pueda ofender á nuestros prógimos.

7.ª ¿Y quién dejará de hacer algún particular y fervoroso obsequio á la Madre de

la Misericordia, María Señora nuestra, en estos nueve días? Visitemos su Imágen dolorosa, rezando á lo menos con la más ferviente devoción siete Ave Marías y la Salve, para alcanzar del Padre de las Misericordias auxilios eficaces para vencer nuestras pasiones, y conseguir el perdón de nuestras culpas, que es el grande, el importante y principal fin por que debemos suspirar, y después el favor especial que deseamos, si fuere del agrado de su Divina Majestad.

DIA PRIMERO

Hecha la señal de la Cruz, y arrodillados ante la imágen de nuestro Señor atado á la columna, se dará principio con el sigaieute

Acto de Contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, mi Criador, mi Redentor, mi amante Padre, en quien creo, en quien espero, á quien amo más que todas las cosas del cielo y de la tierra: me pesa de todo corazón de haberos ofendido, sólo por ser quien sois, bondad infinita, inocencia suma, humillado y abatido por mi amor, entregado á vuestros crueles enemigos, atado á esa columna, y cruelmente azotado. Yo os ofrezco, dulcísimo Je-

sús mio, confesar mis culpas, cumplir la penitencia, que me fuere impuesta, enmendar mi vida, y apartarme de todas las ocasiones de ofenderos. No olvidéis vuestras antiguas misericordias, pues os gloriais de este título. Yo espero en vuestra infinita bondad, que me perdonaréis, y me daréis gracia para cumplir mis propósitos, y perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida, por los méritos de vuestra preciosa Sangre, Pasión y muerte. Amén.

ORACIÓN

PARA TODOS LOS DIAS AL ETERNO PADRE

Omnipotente y sempiterno Dios, Padre de mi Señor Jesucristo, Padre de las Misericordias, y Dios de todo consuelo, que por la excesiva caridad con que nos amásteis, enviásteis á vuestro Hijo Unigénito, para que haciéndose Hombre, y padeciendo en

su alma santísima las más acerbas penas, y en su inocentísimo cuerpo los más atroces tormentos, y entre éstos el castigo de cruelísimos azotes á que fué sentenciado por un juez injusto, para satisfacer por mí á vuestra divina justicia, y abrirme las puertas del cielo. Por esta ardentísima caridad os suplico, Padre amoroso, me concedáis la gracia de que yo medite con fruto en esta santa Novena el dolor y afrenta que por mí sufrió vuestro amado Hijo y mi divino Juez, para que en el día del juicio logre yo el dulcísimo consuelo de oir de su divina boca la favorable sentencia de bendición, que tiene prometida á los que por amor suyo ejercen la misericordia con sus hermanos en esta vida, para alabarle y bendecirle en la otra con Vos y con el Espíritu Santo; por todos los siglos de los siglos. Amén.

CONSIDERACIÓN

El Presidente romano manda azotar á nuestro Salvador Jesús.

Considera, cristiano, como habiendo sido conducido nuestro divino Salvador al Pretorio, atado como si fuera un reo de gravísimos delitos, fué presentado por una turba impía de judíos, y acusado por los mismos Príncipes de los Sacerdotes delante del Presidente Pilato, pidiendo le condenase á muerte: y éste, aunque gentil, viendo la manera tan desusada y nunca vista, de que personas de tanta autoridad, como eran los jueces, se hiciesen acusadores, solicitando con tanto encono y precipitación el suplicio más infame: y observando tambien la mansedumbre y serenidad del acusado, conoció la inocencia de Jesús, y que los Príncipes de los Sacerdotes, Ancianos y Escribas movidos de

cruel envidia contra aquel tan noble personaje, por sus virtudes, y por los milagros portentosos que había obrado, querían que pereciese, procuró librarle por varios medios: é insistiendo los judíos en que fuese crucificado, llamó dentro del pretorio á nuestro Salvador, y preguntándole quién era, y repitiendo las acusaciones, que le hacían sus enemigos, guardó Jesús primeramente un silencio tan profundo y misterioso, que se admiró sobremanera el Presidente, y hablando después el divino Salvador pocas palabras con la mayor firmeza y majestad, quedó íntimamente persuadido Pilato, que era un justo, y así lo declaró en alta voz repetidas veces delante de todo el pueblo, y vista la obstinación de los judíos, que á grandes voces pedían fuese crucificado, el Presidente, por una parte dictándole su conciencia que no condenase á un justo, y queriendo por otra condescender algun tanto con los judíos, les

dijo: que él lo castigaría, y enmendado lo soltaría. ¡Oh Juez injusto y cruel! Si has dicho que está inocente y que es un justo, ¿qué pretendes corregir en su inocencia? ¿y qué corrección intenta este juez inícuo y cobarde? ¡Ah! ¡qué pena tan afrentosa, tan cruel y despiadada! la que se daba á los viles esclavos, la pena y castigo de azotes.

¡Oh cristiano! mira á qué extremo conduce el querer complacer al mundo: éste nunca se contenta, y nos precipita de un abismo en otro. Cuando tu conciencia te acusa, no condesciendas jamás con el delito, porque si te dejas llevar algún tanto, él te arrastrará hasta el último mal. Mantente firme, porque el Señor nunca te abandonará, y el mundo te despreciará después de haberte precipitado. Mira cómo el cobarde Pilato, obrando contra su propia conciencia, por no desagradar al pueblo, y por temor de perder su alto destino, perdió después

la gracia del Emperador romano, y fué despojado de su dignidad, muriendo en un destierro. Resuélvete á practicar siempre la virtud y la justicia, y serás premiado ciertamente por el Rey Eterno de la Gloria.

Se hará una breve pausa para meditar un rato, y para pedir la gracia, ó favor particular que se desea, y luego se dirá la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL PRIMER DIA

Amabilísimo Jesús mío, Príncipe Eterno del Empíreo, que impulsado de tu ardiente caridad, te humillaste á tal extremo, por ensalzarme á la gloria de tu Padre, que no rehusaste ser conducido entre soldados y sayones al Pretorio de Pilato, atado con cordeles, y acusado como reo por los Príncipes de los Sacerdotes, Ancianos y Escribas, y no obstante de conocer

tu inocencia aquel Presidente gentil, te entregó á los verdugos para ser cruelmente azotado. Por esta humillación y gravísima deshonra te suplico, me des á conocer cuanto me importa humillarme y padecer por tí, para corresponder agradecido á tanto abatimiento y deshonor, y que yo alcance el favor especial que espero conseguir en esta Novena, si ha de ser para mayor gloria vuestra y bien de mi alma. Amén.

Ahora se rezarán cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías con Gloria Patri, en veneración de los cinco mil azotes que sufrió nuestro amantísimo Redentor, y al fin de cada Padre nuestro se cantará ó recitará una de las coplas que están al fin de esta Novena.

DIA SEGUNDO

Por la señal, &. Acto de Contrición y Oración al Eterno Padre como el primer día, y luego se lee la siguiente

CONSIDERACIÓN

Causas que concurren, para que sea cruelísimo el tormento de los azotes.

Considera aquí, alma cristiana, con la más atenta reflexión dos motivos y causas que se reunen en el tormento de los azotes, que van á descargar, como una fuerte lluvia, sobre el cuerpo sacrosanto de nuestro Salvador, cuyas causas, aunque muy diversas y contrarias, ambas conspiran y coinciden para causar el más horroroso es-

trago en su humanidad sacratísima. Por una parte la mal entendida piedad del Presidente, que intentaba mover á compasión y lástima á la Sinagoga, cuando le viesen rigorosamente azotado, para que ya no pidiesen la muerte: por otra, la saña y rabiosa envidia de los judíos, que viendo al Presidente empeñado en librar la vida á Jesús, pretendían á toda costa que muriese, é instaban y persuadían, dice el Padre San Bernardo, con sobornos y promesas para que á fuerza de azotes rindiese allí la vida con la mayor ignominia y afrenta. Con tales miras y crueles intentos los impíos soldados se apoderan del Santo por esencia, del Sacerdote Eterno, puro, inmaculado Cristo Jesús. Aquí se cumple á la letra lo que había anunciado David en el salmo 21, cuando dijo: «Cercado estoy de enemigos, que como indómitos novillos y gruesos toros quieren embestirme. A manera de leones que bramando se arrojan

feroces sobre la presa, tienen abierta la boca para echarse furiosos sobre mí y devorarme. Rodeado me hallo de rabiosos perros, de una multitud de hombres perversos y llenos de malicia. Ya veo cercano el terrible momento de mi angustia, y no hay quien para salvarme me alargue la mano.»

¡Ay cristianos! mirad como judíos y gentiles todos á una se conjuran contra el Señor, y contra su Cristo nuestro Salvador, y ved la paciencia y mansedumbre infinita con que, en fuerza de su abrasado amor por nosotros, espera este mansísimo Cordero aquel diluvio de azotes, para sanar con sus llagas las culpas que nosotros hemos cometido. Suframos nosotros con resignación los trabajos, que el Señor nos ofrece, que por grandes que sean, se nos harán llevaderos y suaves, comparándolos con los que Jesús, vida nuestra, padeció por nosotros.

Ahora se medita un poco, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL SEGUNDO DIA

Benignísimo Jesús mío, que penetrando con vuestra infinita sabiduría los diversos fines y contrarios intentos, que se proponían el cobarde juez y la inícua Sinagoga en la pena de azotes, á que fuísteis sentenciado, y que todo conspiraba para vuestro mayor tormento y afrenta: Vos esperábais con la mayor paciencia y con el más profundo silencio aquel diluvio de azotes, como el más vil esclavo y el más delincuente reo, para satisfacer por la multitud de pecados, que con mis desvaríos y locos pensamientos he cometido contra Vos: Yo bendigo, Salvador mío, ese abismo de vuestra misericordia, y os ruego, me déis gracia para meditar con fruto vuestro admirable silencio y mansedumbre infinita, y que deseche con prontitud todos los

pensamientos de vanidad y malicia, y juntamente el favor particular que pido en esta Novena, si ha de ser para mayor gloria vuestra y bien de mi alma. Amén.

Ahora los cinco Padre nuestros y coplitas.

DIA TERCERO

CONSIDERACIÓN

Llevan los verdugos á nuestro divino Salvador á un patio del Pretorio para azotarle, y le mandan desnudar

Considera, cristiano, que habiendo entregado el Presidente Pilato á Cristo nuestro Señor á la cohorte ó compañía de soldados que daban la guardia en su palacio, le llevaron á un patio donde había varias columnas, y

allí le desatan para volverle á atar de nuevo. Le mandan con imperiosa voz se desnude de sus vestidos, y aquel excelso Monarca de todos los imperios, por cuyo arbitrio reinan todos los Reyes del mundo, y ante cuya presencia tiemblan todas las Potestades del Empíreo, obedece á unos viles verdugos: toman con algazara impía su túnica inconsútil labrada por las manos benditísimas de su purísima Madre María Señora nuestra, y arrojan con desprecio al suelo aquella prenda tan rica y preciosa, quedando enteramente desnudo el Rey Eterno de la Gloria, y expuesto á la vergüenza delante de toda la guardia, ministros y sayones, todos impíos y crueles, aquel santísimo cuerpo el más perfecto, el más hermoso de los hijos de los hombres, formado por virtud del Espíritu Santo de la sangre purisima de aquella Virgen bendita por todas las generaciones, sintiendo nuestro divino Salvador esta desnudez tan

afrentosa más que todos los tormentos de su dolorosísima pasión. ¡Qué vergüenza para un Rey, para un Pontífice, para un personaje nobilísimo, y sobre todo para una persona virgen, honesta y pura, verse desnuda en presencia de la gente más vil y despreciable! ¡qué confusión! ¡qué dolor! ¡Oh Rey supremo de Cielo y tierra! ¡Oh Pontífice sumo de la Iglesia triunfante y militante! ¡Oh nobilísimo, purísimo y santísimo Señor! ¿Con qué palabras podrá expresarse la grandeza de la afrenta, injuria y desacato que cometieron contra vuestra divina Majestad? Pero Vos sufrísteis tanta deshonra y desprecio, permitiendo que os desnuden de vuestras reales vestiduras, para que nosotros, que estábamos desnudos de la gracia, podamos honrarnos con ellas, y presentarnos delante de nuestro Padre celestial.

¡Oh alma cristiana! toma con la mayor ternura y respeto la vestidura de

tu Salvador, derramando amargas lágrimas; pero antes desnúdate de las pieles de tus vicios, pues tu Redentor permite ser desnudado para vestir tu alma de la hermosa estola y rica vestidura de la gracia.

Aquí la pausa, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL TERCER DIA

¡Oh humildísimo Jesús, que siendo el lirio hermoso de los valles y la flor bellísima del campo, vestido de mayor gloria que Salomón, de riqueza y magnificencia, permitiste, para mayor humillación de tu soberanía y grandeza, te desnudasen de tus sagradas vestiduras á presencia de aquella chusma insolente de soldados y verdugos, para ser cruelmente azotado. Por esa amargura y rubor que por mí sufriste, te suplico me concedas, que desnudándome yo del hombre viejo con to-

dos los hábitos viciosos, me vista del hombre nuevo, que sois Vos mismo, para que brille mi alma adornada de la hermosa gala de la gracia, que me habéis ganado á tanta costa, y pueda alcanzar también el favor que espero conseguir, si ha de ser para mayor gloria de tu santo nombre y para mi salvación eterna. Amén.

Ahora se rezan los cinco Padre nuestros, etc.

DIA CUARTO

CONSIDERACIÓN

Atan á la columna á nuestro Redentor Jesús

Considera, alma cristiana, que desnudo ya con tanta afrenta de sus vestidos nuestro divino Salvador, le man-

daron los soldados se acercara á una columna de un patio del palacio del Presidente, y aquel humildísimo y mansísimo Cordero se llegó á la que le habían señalado, y abriendo El mismo sus brazos santísimos, se abrazó á ella, y luego le comenzaron á atar primeramente, con la soga que le habían echado al cuello, aquellas manos divinas que formaron ese hermoso pabellón de los cielos, y con que había obrado tantos prodigios en presencia y á favor de aquel ingrato pueblo; pero con tal fuerza le amarraron, que lastimaban cruelmente sus brazos divinos; después atan con otra cuerda sus pies sacrosantos, para que no pudiese huir el cuerpo á los azotes, ni moverse á parte alguna. ¡Oh crueldad! ¡Oh fiereza de los verdugos! ¿No bastaba una soga? ¿No bastaba, ¡oh Señor de nuestras almas! que atasen vuestras divinas manos? No, dice el Padre San Agustín, porque son muchas las ligaduras y sogas de los pecados, con que

el demonio tiene ligados y presos á los hombres y para desatarlos de ellas, quiere ser atado nuestro Salvador con dobles ligaduras.

Pero ¡ay alma cristiana! ¿ves la fuerza con que atan á tu Salvador á la columna? pues otros lazos más fuertes le atan y ligan á ella. ¿Y cuáles son? son los lazos de la caridad, las ataduras indisolubles de su amor. ¡Oh Jesús mío! ¡Oh Padre amorosísimo! yo te ofrezco mis manos, mis pies, mi corazón, desatadme los lazos de mis pasiones, y atadme, Señor, con los dulces lazos de tu amor.

Aquí la pausa, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL CUARTO DIA

Obedientísimo Salvador mío, y soberano libertador de las almas, que dando el más heróico ejemplo de mansedumbre y resignación, y obedecien-

do á los verdugos, abriste tus brazos divinos, y te abrazaste á esa columna, dejando atar esas santísimas manos que criaron los cielos y la tierra, y obraron tantos milagros, multiplicando los panes, y sanando con su contacto á toda clase de enfermos entre los mismos judíos tan ingratos, y permitiste también que atasen tus pies sagrados, que tantos pasos habían dado buscando á los pecadores: Suplícote, Redentor mío, que á vista de vuestra paciencia y mansedumbre, sufra yo las injurias de mis contrarios, persuadido, que entonces tomáis á vuestro cargo mi defensa, y asímismo concededme la gracia que os pido en esta Novena, si ha de ser para mayor gloria vuestra y provecho de mi alma. Amén.

Los cinco Padre nuestros y coplitas.

DIA QUINTO

CONSIDERACIÓN

Comienzan los verdugos á azotar á nuestro divino Salvador

Considera, cristiano, que atado ya el Señor, abrazado y pegado á aquel frío mármol, y cercado de aquellos tigres furiosos sedientos de sangre, dos verdugos armados de unos cordeles gruesos y retorcidos, se acercan á aquel mansísimo Cordero, y levantando sus manos impías, comenzaron á porfía á azotar aquella sacratísima humanidad, descargando fuertes y desapiadados golpes con la mayor inhumanidad y fiereza; pues siendo el fin del Presidente Pilato contener y aplacar el furor de los judíos con este cruel tormento, no puso número, ni

hubo forma ni manera de juicio, sino que quedaba á la bárbara discreción y antojo de los verdugos y soldados. Era costumbre entre los romanos azotar primero al delincuente que había de ser crucificado, pero con más moderación al que no había de sufrir esta última pena, y en ambos casos la pena de los azotes era muy bochornosa é infame. Según la ley de los judíos no debían pasar de cuarenta, y por ley de justicia ordinaria no se acostumbraba azotar hasta desollar y casi matar; mas con nuestro Salvador Jesús no hubo más ley que la voluntad y crueldad de los verdugos, que creían complacer al Presidente, y mucho más á los judíos, mientras con mayor fiereza azotaran á aquel Cordero divino, que sin desplegar sus labios sufría aquellos azotes cruelísimos, que descargados con tanta inhumanidad, agolparon la sangre de su delicado cuerpo, quedando señalados todos los golpes, todo amoratado

y acardenalado, sintiendo el más vivo é intenso dolor, queriendo ya saltar su sangre purísima. Considera también que aquel cuerpo sacrosanto, por ser el más perfecto, el más bien organizado de cuantos ha habido y habrá, era por lo tanto el más sensible á los golpes. De aquí debes sacar una resolución firme de refrenar los apetitos de tu carne con el ayuno y la mortificación de tus sentidos, para lo que debe animarte la compasiva memoria de los tormentos que por tí sufrió Jesús en su cruel flagelación, para que refrenando ahora tus pasiones, no experimentes después los tormentos eternos.

Aquí la pausa, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL QUINTO DIA

¡Oh pacientísimo Jesús! que no satisfecho vuestro amor á los hombres

con haber sufrido tanta ignomínia y afrenta, siendo atado á esa columna como un malhechor, tolerásteis el dolor más agudo por los cruelísimos azotes, que con gruesos cordeles descargaron á porfía sobre vuestras divinas espaldas aquellos malvados y feroces verdugos hasta cansarse quedando vuestro divino cuerpo lleno de cardenales, y agolpada vuestra preciosa Sangre. Por este dolor tan intenso, que por mí padecísteis, os suplico no me volváis las espaldas, sino me mostréis vuestro rostro benignísimo, y que aceptando yo la mortificación y penitencia, evite vuestro divino enojo, que tantas veces he merecido, y que yo logre el favor que espero conseguir, si ha de ser para gloria de tu nombre y salvación de mi alma. Amén.

Los cinco Padre nuestros y coplitas.

DIA SEXTO

CONSIDERACIÓN

Entran de nuevo otros verdugos á azotar á nuestro divino Salvador.

Considera, alma cristiana, que cansados aquellos primeros verdugos, se acercan otros dos armados de correas, y comienzan de nuevo y á porfía á descargar azotes cruelísimos en aquel sacrosanto cuerpo, y sobre los mismos cardenales que habían hecho los primeros verdugos, y como estaba ya agolpada la sangre, empiezan á desgarrar sus sacratísimas espaldas. Ea, ya brota aquella sangre divina, ya corre en abundancia por todo el sagrado cuerpo, y no solo baña el cuerpo del Señor, sino que salpica los vestidos de los fieros verdugos y ministros sacrí-

legos, y repitiendo golpes desapiadados, corren arroyos hasta la tierra. Aquí se mira ya cumplido el vaticinio de David, que con espíritu profético había dicho, hablando en persona de Jesús: «Veo correr la sangre de mi cuerpo, como si fuera agua que se derrama, y siento ya descarnado todos mis huesos, mi corazón dentro de mí va desmayando, y mis fuerzas, así como la cera se derrite á la proximidad del fuego, enteramente defallecen.» ¡Ay cristiano! Aunque se desangraba Jesús vida nuestra, no obstante repetían los verdugos los golpes con la mayor crueldad, como quien tira á matar sin ninguna compasión, y así es que nuestro divino Salvador empieza ya á padecer agonías mortales.

Basta, alma mía, basta. Si el corazón humano se resiente, si se conmueve y estremece vívamente ¿cómo estaría nuestro buen Jesús? ¿Cómo palpitaría el corazón purísimo y virgi-

nal de su Madre Santísima, que lo contemplaba? No es posible expresarlo. Mira cuánta sangre derrama tu Salvador, y con qué paciencia y mansedumbre. Mira cuánta es la malicia del pecado, y cuánta es la misericordia de Jesús tu Redentor. Corre sin detenerte á la fuente de los santos Sacramentos, para lavar tus culpas con la preciosa medicina de esa sangre, con que en ellos te convida, porque si ahora no te aprovechas de ella, esta misma clamará contra tí en el día de la cuenta.

Aquí la pausa, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL SEXTO DIA

Oh Salvador mío Jesús, que para aplacar la divina justicia, y satisfacer la pena que merecían mis pecados, ofreciste tu divina sangre, que con tanta profusión quisiste derramar, su-

friendo con indecible dolor multiplicados azotes, que descargaron los segundos verdugos con látigos y correas, corriendo á arroyos esa preciosa sangre hasta la tierra, salpicando los vestidos de los feroces sayones, que como tigres furiosos repetían los golpes sobre las mismas heridas: Por este dolor tan vehemente y agudo, y por esa sangre benditísima te ruego, Salvador mío dulcísimo, purifiques mi alma de la lepra del pecado, y que yo consiga el favor que os pido, si ha de ser para mayor gloria de tu santo nombre y salvación de mi alma. Amén.

Ahora se rezan los cinco Padre nuestros, etc.

DIA SÉPTIMO

CONSIDERACIÓN

Vuelven al Señor de espaldas hacia la columna.

Considera, cristiano, que viendo los verdugos que estaban ya tan llagadas y rasgadas las espaldas sacratísimas de nuestro divino Salvador, de tal suerte, que no hallaban parte sana donde descargar los azotes, dice el Padre S. Bernardo, que desataron al Señor, y volviéndole de espaldas á la columna, le azotaron por el pecho, vientre, muslos y piernas, cubriéndole todo de llagas y de sangre. Este fué mayor y más cruel martirio, porque lastimaban su divino pecho, estómago y vientre, adonde los golpes son mortales por naturaleza. ¡Ay, alma

cristiana! fija tu atención, mira despacio á tu Salvador bañado enteramente con aquel bautismo de sangre, de que habló á sus amados discípulos Juan y Santiago. Estaba el Señor con la cabeza inclinada sobre el pecho, su hermosa y rubia cabellera desmelenada y enrojecida con la sangre, su precioso rostro descolorido y sobremanera angustiado, y todo su delicado cuerpo no solo cubierto de sangre, sino también de un sudor frío, y temblando toda aquella humanidad sacratísima. Hubiera sin duda espirado con tan atroz tormento; mas no quiso nuestro amante Jesús acabar allí con la vida, porque quiso que fuese su muerte más prolija y afrentosa, para manifestar más y más el infinito amor que te tiene. Juzgaban ya los verdugos que Cristo nuestro bien estaba á punto de espirar, suspenden la cruel flagelación, y se retiran cansados.

¡Oh cristiano! mira que ya los verdugos dejan de azotar á tu Salvador,

y tú no te cansa de añadir pecados á pecados, con que vuelves á renovar los azotes de tu amantísimo Padre. Basta ya de enojarle, basta ya de ofenderle. No te canses tú de meditar cada día los dolores de tu Salvador, pues tu Señor no se cansa de padecerlos por tí.

Aquí la pausa, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL SÉPTIMO DIA

¡Oh inocentísimo Jesús, que teniendo vuestras sacrosantas espaldas tan llagadas y ensangrentadas, que ya no había parte sana donde descargar más golpes, y desatándoos los verdugos, para ataros de nuevo y con mayor crueldad de espaldas á la columna, sufrísteis el indecible dolor de ser azotado en vuestro divino pecho, estómago y vientre con crueldad inhumana, brotando la preciosa sangre de tal

suerte, que faltando las fuerzas de vuestra sacratísima humanidad, comenzábais á desmayar. ¡Oh Padre amabilísimo! por ese tormento tan cruel, concededme un perfecto dolor y contrición de mis pecados, causa de tanto padecimiento, y que yo alcance el favor que deseo conseguir, si es para mayor gloria vuesta y bien de mi alma. Amén.

Los cinco Padre nuestros, &c.

DIA OCTAVO

CONSIDERACIÓN

Vienen los terceros verdugos á azotar á nuestro Salvador

Considera cristiano, que rendidos ya los segundos verdugos, se acercan los terceros, y con nervios durísimos

volvieron á descargar azotes cruelísimos sobre aquel divino cuerpo, renovando las heridas con un dolor tan intenso, pue no es posible espresar. Estaba ya tan llagado y ensangrentado Jesús vida nuestra, que todos los presentes se persuadían que aquellos nuevos verdugos le habían de acabar allí la vida, porque deseando complacer á los judíos, y mirando á nuestro Salvador no ya como á hombre, sino como el oprobio de los hombres, y el más despreciable de la ínfima plebe, según lo había anunciado David, continuaron aquel sangriento martirio, descubriendo ya sus huesos y costillas. Aquí, alma piadosa, desfallece el ánimo, el corazón cristiano se contrista, la lengua no acierta á articular palabra, y el entendimiento humano fatigado como que rehusa y siente, por la suma aflicción y congoja que le causa seguir con la consideración de tan cruel padecimiento: pero aquellos tigres y leopardos sangrientos, ciegos

de furor, no reparan en descargar azotes sobres las mismas heridas.

¡Oh pecador, si la lengua no acierta á esplicar ni aun á referir tanto dolor, y tú mismo te resientes de tan agudo tormento, deseando cese ya tan desmedida crueldad, concibiendo ódio y justa indignación contra los verdugos, contra el cobarde é injusto Presidente y contra los pérfidos judíos, aún tienes un recurso para aliviar la pena inesplicable de tu Salvador. ¿Y cual es este? Ten enojo de tí mismo, llora tus pecados con grande amargura de tu corazón, refrena tu soberbia, tu avaricia, tu impureza, cese ya tu envidia, tu rencor, tu gula, todos tus vicios, dá firme palabra que no volverás á pecar.

Aquí la pausa, y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL OCTAVO DIA

Amabilísimo Jesús mío, que des-

pués de haber sufrido tan atroces tormentos, y después de haber derramado tanta sangre, permitísteis que los terceros verdugos comenzasen á azotar de nuevo todo vuestro santísimo cuerpo de tal manera, que renovaban todas las heridas, hasta descubrir vuestros sacrosantos huesos, padeciendo tan penosa agonía y amargo desfallecimiento, que estuvísteis á punto de espirar, para pagar la pena que merecían mis pecados, y darme á entender cuanta es la malicia de la culpa. Yo os suplico, postrado con toda la humildad que debo, me déis vuestra gracia para llorar con amargas lágrimas todas mis culpas, y que me concedáis el favor que os pido, si ha de ser para mayor gloria vuestra y bien de mi alma. Amén,

Los cinco Padre nuestros, &c.

DIA NOVENO

CONSIDERACIÓN

Desatan al Señor de la columna.

Considera, cristiano, que cansados ya los verdugos de azotar á nuestro divino Salvador, y viendo hecho una viva llaga todo su cuerpo santísimo, sobre el que habían descargado más de cinco mil azotes, y que se desangraba más y más, determinaron desatarle: así lo hicieron, y al desprenderse de la columna teñida también en su preciosa sangre, como estaba el Señor tan exhausto de sangre y de fuerzas, y tan atormentado y abatido por el vehemente dolor de tanto golpe, era muy natural y consiguiente el desfallecimiento: así es que faltándole el apoyo de la columna, y no pudien-

do sostenerse en pie, el que sostiene todo el mundo, cayó postrado en un lago que se había formado de su propia sangre. Los verdugos insensibles no solo le desprecian, sino también le insultan. ¡Oh bárbara crueldad! ¡Oh fiereza del hombre más cruel que los mismos tigres! ¡Oh funesta y tristísima consecuencia del pecado! ¡Oh malicia de la culpa, que hace al hombre más insensible que los brutos! Si el hombre reflejara sobre ella, de ella huiría con más velocidad que de una horrible serpiente, que viniese á devorarle: no he dicho bastante, la aborrecería más que al mismo infierno. ¡Oh perfidia atroz de los verdugos, que postrado el Salvador en el lago de su propia sangre, allí mismo le insultan! Aquí se verifica lo que anunció Isaías: que los ángeles de paz lloraron amargamente. Ea, pecador, si tu corazón no es de piedra, si te ves vivamente conmovido, corre con el impulso de tu corazón, con dolor de tus pe-

cados, con lágrimas ardientes en tus ojos, corre á levantar á tu Salvador, y tocando esa sangre purísima, que con tanta misericordia por tí derrama, quedará tu alma limpia de la escoria del pecado.

Nuestro amante Salvador procura levantarse, y dándole esfuerzo su Divinidad, se pone en pie; mas ¡ay! ¡con cuánto dolor y penalidad! y mientras los soldados, entre irrisiones y burlas, descansaban, busca Jesús su túnica, se la viste con un quebranto indecible, y se sienta en una piedra de aquel patio.

Reflexiona ahora, alma cristiana, que aquel divino Nazareno, el más hermoso de los hijos de los hombres, el que era admirado, y aplaudido, y buscado con ansia de las turbas por tantos beneficios como les había dispensado, se deja ver ahora, según lo había anunciado un profeta, despreciado y reputado como el más vil de todos los hombres, y como escondido

su rostro á la manera del de un leproso herido de Dios, y humillado como un cordero delante del que lo trasquila, y enmudece, y como oveja que es llevada al matadero.

¡Oh Salvador mío! Padre amantísimo de la Misericordia, lavad mi alma con la virtud de esa sangre, que con tanto amor por mí derramáis, para que esté unido á vos perpétuamente, y para que siempre os imite en vuestra pociencia y mansedumbre. Y vos, Santísima Madre de Dios, Virgen María, que concebísteis ese cuerpo preciosísimo de mi amante Jesús, para ser por mí tan injuriado, y criásteis á vuestros virginales pechos esa sangre divina, para que por mí fuese derramada, echad una mirada compasiva sobre este pecador tan llagado y ulcerado con la inmunda lepra de mis culpas, y alcanzadme un entrañable dolor de los dolores de vuestro divino Hijo, y un constante aborrecimiento de mis pecados, que tanto tormento

ocasionaron, para que no se pierda en mí lo que por mí padeció.

Aquí la pausa y luego la siguiente

ORACIÓN PARTICULAR

PARA EL NOVENO DIA

Benignísimo Jesús mío, Padre de las Misericordias y Dios de todo consuelo, que habiendo sufrido más de cinco mil azotes, para satisfacer sobreabundantemente á la divina Justicia por mis pecados y por los de todos los hombres, mirábais con tanta mansedumbre á vuestros mismos verdugos, que cansados, y temiendo perdiéseis allí la vida, os dejaron de azotar, no por compasión, sino para que sufriéseis el último y más infame suplicio, y desatando los cordeles, con que estábais atado á la columna, caísteis en el lago de vuestra misma sangre. Yo, Salvador mío, en desagravio de tanto abatimiento y menosprecio,

os confieso y reconozco á presencia de todo el mundo por mi único y verdadero Redentor, os aclamo por mi Señor y mi Dios, y os suplico, Padre amorosísimo, me concedáis gracia para que yo practique las virtudes, que mi alma ha considerado y admirado en vuestra santísima persona, y que alcance la merced que espero conseguir, si fuere de vuestro agrado, y sobre todo, que yo me esfuerze en observar vuestros santos mandamientos todos los días de mi vida, y que muera con la preciosa muerte de los justos, para veros y alabaros eternamente en la gloria. Amén.

Los cinco Padre nuestros y coplitas y se concluye cada dia con la siguiente

ORACIÓN

O Señor, os rogamos, que inclinéis vuestra vista sobre esta vuestra familia, por la que nuestro Señor Jesucristo no dudó entregarse en manos de los pecadores, y sufrir el tormento de cruz. Que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

GLOSA

PARA CANTARLA AL SEÑOR AL FIN

DE CADA PADRE NUESTRO

ESTRIVILLO

Pues por infinito amor
Permites ser azotado
¡O mi bien Jesús amado!
Misericordia, Señor.

1.ª

Un injusto Presidente
Conociendo tu inocencia,
Con inaudita demencia
Te entrega á un pueblo inclemente,

Yo, mi Dios, soy el osado,
Que os causé tanto dolor.
¡*O mi bien Jesús amado*!
Misericordia, Señor.

2.ª

Unos soldados infieles
Te pretenden desnudar,
Y obedeces por pagar
Mis desacatos crueles:
Y pues ellos te han causado
Tan doloroso rubor:
¡*O mi Bien, Jesús amado*!
Misericordia, Señor.

3.ª

A la columna oprimido
Fuiste con dos ligaduras,
Por librarme de las duras
Prisiones que he merecido.
Desleal te he maltratado,

Cuando pequé sin temor.
¡*O mi Bien Jesús amado*!
Misericordia Señor.

4.ª

Ya comienzan á azotar
Los verdugos con fiereza
Al que es la suma pureza.
La sangre empieza á brotar,
En ella veo ostentar
Tus finezas y tu amor.
O mi Bien, Jesús amado!
Misericordia, Señor.

5.ª

Cesa el verdugo implacable,
Cansada su crueldad,
No se cansa tu bondad
De sufrir ¡Jesús amable!
Caes en tierra postrado
A la fuerza del dolor.
¡*O mi Bien, Jesús amado*!
Misericordia, Señor.

EL EMINENTÍSIMO SR. CARDENAL Arzobispo de Sevilla, D. Judas José Romo, por su decreto de 3 de Junio de 1851, concede cien días de indulgencias á los fieles de uno y otro sexo, que asistieren á esta Novena, por cada día que lo practicaren, pidiendo por los fines de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Imprenta de el Correo de Andalucia
Sevilla

✝

RESPONSORIO

para implorar la divina Misericordia en cualquiera necesidad espiritual o temporal.

Con todo mi amor te amo,
Jesús por ser tú quien eres.
Pésame de haber pecado,
Propongo nunca ofenderte.

Padre nuestro Eterno y Santo
Responde. Misericordia, Señor.
Hijo Redentor del mundo.
Espirítu Santo Justo.
Trínidad en un Dios sólo
Dios de ser incomprensible.
Dios de Israel fortisímo.
Señor Dios de los ejércitos.
El que fué, es y será.
Padre del futuro siglo.
Poderoso, sabio e inmenso.
Rey inmortal e invisible.
Inefable y Justiciero.

MISERICORDIA, SEÑOR.

Señor Unico y Piadoso.
Por quien somos y vivimos.
Emanuel, Alfa y Omega.
Causa de las causas Prima.
Ptincipe de Paz Eterno.
Redentor de los Cautivos.
Lúz de las tinieblas nuestras.
Medicina a nuestros males.
Sol de Justicia Abeterno.
Salvador de los perdidos.
Señor en humano velo.
María tu Madre Santa.
Responde. Alábete, Señor.
María tu esposa amada.
María tu Hija humilde.
Angeles Santos del Cielo.
Patriarcas nuestros Padres.
Profetas de Dios Altísimo.
Apóstoles tuyos Santos.
Mártires fuertes ilustres.
Confesores verdaderos.
Ermitaños penitentes.
Vírgenes puras y castas.

MISERICORDIA, SEÑOR.

ALABENTE, SEÑOR.

Sacerdotes y Levítas.
Varones, niños y mozos.
Reyes, grandes y pequeños.
Todo tu Pueblo escogido.
Estrella del firmamento.
Planetas, Sol y la Luna.
Las tinieblas y la Luz.
Los años, días y meses.
Vientos, truenos y relámpagos.
Lluvías, granizos y nieves.
Montes, riscos y collados.
Breñas, selvas y desiertos.
Prados amenos y flores.
Frutos, árboles y yerbas.
Golfos y espumas del Mar.
Rios, fuentes y lagunas.
Toda multitud de peces.
Aves, del aire ligeras.
Frutos de la tierra dura.
Agua, fuego, tierra y viento.
El hombre tu criatura.
Los pobres que son de espíritu.
El corazón limpio y puro.

ALABENTE, SEÑOR.

ALABENTE, SEÑOR.

El que padece por Tí.
El que llora sus pecados.
El fervoroso en servirte.
El que es creyente en tu Iglesia.
El que espera en tu bondad.
Los pastores en Belén.
Los sabios reyes postrados.

Y con ellos juntamente digamos: Alabanza, honor y gloria, sea dada a nuestro Dios y Señor, por los siglos de los síglos. Amén.

Un Padre nuestro y Ave María por las almas del Purgatorio.

TIP. MORENTE--ARAHAL